

El más controvertido de los premios Nóbel es, sin lugar a dudas, el de la Paz. Lejos de la relativa neutralidad de las distinciones que se imparten a las ramas científicas, a distancia también de las consideraciones culturales — sin embargo, siempre discutibles — que abonan el otorgamiento del Nóbel de Literatura, el de la Paz es una distinción que incluye, indisolublemente, el condimento político.

En 1980 había, como lo está desde hace varios años, un argentino nominado como candidato a un Nóbel: se trata de Jorge Luis Borges, uno de los escritores contemporáneos con mayores títulos específicos para merecer el premio en Literatura. También hubo protestas para que las madres de los desaparecidos que semanalmente se reúnen en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, las *locas de la Plaza de Mayo*, recibieran el Nóbel de la Paz. Sin embargo, la sorpresa, ese factor que los académicos suecos y noruegos manejan con la habilidad de un autor de obras de suspense, deparó esta vez un nuevo dato: Adolfo Pérez Esquivel, fundador de la organización Justicia y Paz que aboga por el respeto de los derechos humanos en América Latina, fue el argentino que se llevó el Nóbel de la Paz de este año.

La importancia política del episodio salta a la vista: significa, en el punto álgido de los derechos humanos, un nuevo y durísimo golpe de nivel internacional a la dictadura militar que gobierna Argentina desde 1976, y que tiene en su haber histórico el asesinato de cinco a quince mil personas, además de un número indefinido de presos políticos sin proceso. Empero, las consecuencias pueden multiplicarse. No es casual que en la fundamentación del premio se haya citado una frase dicha últimamente por Borges: "No puedo ignorar el grave problema que se plantea en mi país con el terrorismo y la represión".

En los hechos, el Nóbel a Pérez Esquivel, un militante católico, pacifista y que conociera la cárcel de la dictadura

El Premio Nóbel de la Paz

La voz de la esperanza

Antonio Marimón

de abril de 1977 a junio de 1978, es un paso más de un lento pero perceptible proceso en el movimiento popular argentino. Hay otros síntomas para tomar en cuenta. La condensación de corrientes de opinión disímiles pero coincidiendo en que el gobierno explicita el destino de los desaparecidos, la cual abarca desde Borges a Menotti, desde dirigentes peronistas a socialistas y de otras agrupaciones del aspecto político. La reorganización de la Confederación General del Trabajo, La CGT, clásica central del movimiento obrero organizado en ese país. El despertar, relativo pero indudable, de la actividad política, plano en el que se distinguen los planteos antitéticos al gobierno del peronismo y de buena parte del radicalismo. La persistente continuidad de las luchas económicas de los trabajadores; la crisis de las economías regionales que lleva a la oposición a franjas de productores agrarios, como los del valle de Uco, en Mendoza, a través de movilizaciones amplias con síntomas claros de puebladas al estilo de las estalladas después de 1969. El reagrupamiento de sectores industriales seriamente dañados por la política económica del gobierno, que sobrenada todavía en la recesión, en la inflación de tres cifras y, además, elimina los aranceles y permite el ingreso de los productos de importación al mercado argentino.

Adolfo Pérez Esquivel, a su manera, parece ser una suge-

rancia de todas estas tendencias de la sociedad civil posterior a 1976. Por un lado, su pacifismo es una revisión crítica de la experiencia terrorista que asoló con particular vigor a ese país; por otro, su defensa de los derechos humanos certifica la actitud moral y política de que no haya perdón para los verdugos. Finalmente, su actitud pluralista y no sectaria se ubica en la encrucijada de una difícil búsqueda: la de un verdadero espacio democrático para los argentinos. El premio Nóbel de la Paz, así puede interpretarse como el síntoma de un complejo y múltiple momento de flexión histórica: la sociedad argentina, diezmada y golpeada profundamente por la dictadura militar, estaría encontrando los lentos caminos de su recomposición, las reservas posibles para alcanzar, por vías viejas y nuevas, la certeza de un proyecto.

Es cierto que algunas de estas expresiones florecen al calor ilusorio y oportunista de que el general Roberto Viola, quien presidirá esa nación desde marzo de 1981, formule cambios desde el interior del actual régimen. Sin embargo, ello no obsta para que la sociedad civil y el movimiento popular reproduzcan, en condiciones más duras que en otros ciclos históricos, sus viejas necesidades de protagonismo político.

Dos reflexiones últimas caben en estas notas. Una frente al beneplácito por este premio Nóbel señalado por el gobierno de Estados Unidos, y deteniéndonos una vez más en el silencio soviético ante la cuestión de los derechos humanos en Argentina, es dable pensar que el pragmatismo de las superpotencias es absolutamente análogo y —dírse— estructural a su condición. La otra, que el día en que Pérez Esquivel reciba su distinción en Europa, no estará solo. A su lado, el murmullo de las víctimas y de las mujeres y los hombres del pueblo que aún sufren la vejación carcelaria en el cono sur, sonará como una firme clarinada, una genuina y necesaria voz de la esperanza.

UNO MAS UNO

Peronismo y clase obrera

En Buenos Aires, hace 35 años...

Adolfo Gilly

Con una huelga general política que era la primera y la más grande de ese tipo para la mayoría de quienes en ella participaban, los trabajadores argentinos resolvieron a favor de Perón, el 17 de octubre de 1945, el conflicto interburgués en que este militar y político nacionalista se enfrentaba con la oligarquía ganadera aliada con los representantes y agentes de los imperialismos "democráticos" (Estados Unidos y Gran Bretaña) y con los partidos Comunista y Socialista.

Pero esa huelga general no se limitó a restablecer a Perón en el poder y a fundar sobre una victoria que cambió el rumbo del país la ideología peronista que desde entonces hizo suya la mayoría de los trabajadores argentinos. Abrió también el camino, mediante una acción de las masas como protagonistas y no mediante una concesión desde arriba, a la organización de la clase obrera en grandes sindicatos nacionales por industria y en una sola central obrera, la Confederación General del Trabajo. Y, lo que es más, dio el impulso decisivo para generalizar la organización obrera de fábrica, los delegados por departamento (o por sección), los cuerpos de delegados como

organismos colegiados en cada fábrica, las comisiones internas como expresión concentrada de esos cuerpos de delegados. La clase obrera creó así una red de organismos democráticos en el interior de la producción, a través de los cuales se habituó desde entonces a discutir, a tomar sus decisiones, a elegir sus representantes y a pedirles cuentas, a vivir y pensar y resolver como clase, en función de las conquistas y de los objetivos que su experiencia le iba indicando como necesarios.

Sobre esos organismos se alzaron grandes burocracias sindicales a nivel nacional, sostén político de Perón e instrumento de éste para controlar a los trabajadores. Pero esas burocracias nunca pudieron llegar a anular o a neutralizar completamente la organización de fábrica, recurso e instrumento flexible y vivaz

de los obreros argentinos que resurge y se reanima en cada ascenso de sus luchas.

El primer gobierno de Perón sancionó diversas leyes sociales, hoy suprimidas por la dictadura militar. Pero, como recuerda la memoria de quienes vivimos y aprendimos entonces la educación de las huelgas y los barrios obreros y como confirman con abundancia de datos de archivo recientes estudios histórico-sociológicos sobre aquellos años, esas leyes sólo se cumplieron efectivamente cuando las movilizaciones obreras, principalmente a partir de las fábricas, de los delegados, de las comisiones internas, impusieron su respeto a la patronal. Eso quedó grabado en la conciencia colectiva de los trabajadores como un aprendizaje metodológico que nunca abandonaron, pero se les pasó de noche a quienes, tanto

desde el peronismo como desde la oposición, creían que las conquistas llovían desde arriba, por voluntad de Perón, y los obreros se limitaban a seguir a éste como un rebaño agradecido.

Todos los testimonios imparciales dicen lo que la memoria individual también recuerda: el golpe militar que derrocó a Perón en 1955 podía haber sido desbaratado con relativa rapidez, a condición de que el entonces presidente hubiera aceptado lanzar al movimiento obrero contra la fracción militar rebelde. Pero, como el sentido de clase de Perón se decía, implicaba mucho más: significaba llevar a un enfrentamiento del movimiento obrero organizado con el ejército en el cual, si aquélla vencía, éste quedaba orgánicamente dividido y desintegrado. Perón nunca quiso eso porque, como no lo quieren sus hijos políticos, Torrijos o Majano, y ante la disyuntiva optó por renunciar y huir. Dieciocho años de lucha costó a los obreros argentinos superar la derrota, salvar sus organizaciones y volver a llevar a Argentina a Perón, a su esposa y a la corte de los milagros que para entonces lo rodeaba.